

SOBRE LIBERALISMO Y JACOBINISMO DE RODÓ

Helena Costáble

Lo que va a leerse es un análisis de *Liberalismo y jacobinismo* escrito en 1971 y publicado en *Rodó, pensador y estilista*.⁽¹⁾

Las reflexiones de Rodó que entonces me parecieron profundas y atendibles han cobrado nuevo interés porque la filosofía contemporánea, desde otros contextos de ideas, testimonia como constante la afirmación ética, y algunas de sus tendencias -de manera especial el llamado comunitarismo⁽²⁾- revalorizan lo que entonces nos pareció la idea madre de *Liberalismo y jacobinismo*: la dimensión axiológica de lo social. Mientras Rodó concebía la sociedad en este aspecto como unitaria y homogénea, hoy sabemos que es heterogénea y multicultural, y, en ese sentido, la debilidad principal del ensayo rodoniano sigue en pie: como ya lo señalara coetáneamente Nin Frías, hay una tendencia impropia a la generalización en organismos históricos cerrados. Empero, lo perecible de *Liberalismo y jacobinismo* pasa más por la interpretación histórica que por la filosofía política en sí misma.

Liberalismo y jacobinismo continúa con perfecta coherencia la prédica de *Ariel*. El núcleo conceptual es en uno y en otro la reivindicación de una esfera ideal de la existencia colectiva; en *Ariel* en relación con el futuro, en *Liberalismo y jacobinismo* referida al pasado.

Liberalismo y jacobinismo tuvo su origen en una serie de polémicos artículos periodísticos en los que la mente filosófica de Rodó, conecta

(1) *Rodó, pensador y estilista*, Costáble de Amorín, Helena y María del Rosario Fernández Alonso. Montevideo, 1973, Edición de OEA y Academia Nacional de Letras. El libro obtuvo el Premio Internacional de OEA en el Concurso "Centenario de José Enrique Rodó".

(2) El comunitarismo es una corriente del pensamiento que surge en la década de los 80 del siglo XX, en el espacio cultural anglosajón y que se caracteriza por su polémica con algunas formas de liberalismo, y que cuestiona especialmente la idea de neutralidad del Estado. Sus pensadores más destacados son Charles Taylor, Alasdair Mac Intyre, Michael Walzer. Retoman la crítica de Hegel a Kant: en lugar de centrar la moralidad en la autonomía del sujeto, sostienen que la realización del ser humano deriva de la pertenencia a su comunidad.

cuestiones culturales, políticas e históricas, dando muestras de poderosa dialéctica.

En 1906 el Dr. Eugenio Lagarmilla presentó una moción en la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública para que se ordenara el retiro de los crucifijos de los hospitales del Estado. La medida fue aprobada y Rodó la objetó en una carta publicada en *La Razón* el 5 de julio del mismo año. Señala allí que ese acto no era expresión de liberalismo sino de jacobinismo, en razón de su “franca intolerancia y estrecha incompreensión moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va en toda legítima acepción de liberalismo”.⁽³⁾

El 14 de julio el Dr. Pedro Díaz en una conferencia dictada en el “Centro Liberal” defendió a la Comisión de Caridad frente al ataque de Rodó; este escribe entonces una serie de contrarréplicas a Díaz en el mismo diario *La Razón*, con fechas 4,5,7,8,11, 12, 13 y 14 de setiembre de 1906. En el mismo año Rodó publica un volumen al que tituló *Liberalismo y jacobinismo*, que contiene la carta inicial, las 8 contrarréplicas y una carta a Scafarelli sobre el sentimiento religioso.

La clave de *Liberalismo y jacobinismo* es la intuición de los estratos de vida y de significación en la existencia social. La esfera ideal no está pluralmente dispersa en las conciencias individuales sino que tiene una realidad social y viene de una raíz espiritual común, a través de la “raza”.

Buscando la función de la idea “raza” en el esquema de pensamiento de Rodó, advertimos que ella constituye el punto de encuentro y condensación de sus ideas de necesidad de idealidad a nivel colectivo y de continuidad histórica sin saltos abruptos.

La “raza” expresa en Rodó la idea de un organismo social-histórico espiritual. Analizaremos esta noción desde dos puntos de vista: en cuanto a su esquema abstracto y en cuanto a su sustancia concreta hispanoamericana.

Como queda dicho, subyace en la mención de la “raza”: la necesidad de idealidad; el sentido social de la existencia humana, la conciencia de que los individuos se ganan o pierden en los ambientes históricos colectivos; la adhesión a un ritmo de cambio sin cortes y con arraigo en el pasado.

(3) *Obras completas* de José Enrique Rodó. Editadas con introducción, prólogos y notas de Emir Rodríguez Monegal. Madrid 1957, Editorial Aguilar, pág. 249. En adelante citaremos esta edición como O.C.

Para entender *Liberalismo* y *jacobinismo* se debe tener en cuenta que Rodó comienza estableciendo un acuerdo con la perspectiva liberal y es clara su actitud de rechazo del dogmatismo clerical. Aplauda las anteriores medidas de la Comisión de Caridad que tendían a emancipar la asistencia de los enfermos de toda vinculación religiosa, salvaguardando de esta forma la libertad de conciencia contra toda imposición que la menoscabara.

Cuando Rodó pide que se reinstalen los crucifijos en los hospitales no está abogando por la existencia de un culto y una fe obligatorios. El crucifijo no es para él símbolo religioso sino el homenaje debido a la grandeza humana de Cristo, en las casas de caridad, que son la proyección de su espíritu y de su prédica.

Este texto nos da el núcleo de la posición de Rodó: “Si de garantizar la libertad se trata, impídase en buena hora que se imponga ni sugiera al enfermo la adoración o el culto de esa imagen, prohíbese que se asocie a ella ningún obligado rito religioso, ninguna forzosa exterioridad de veneración siquiera; esto será justo y plausible, esto significará respetar la inmunidad de las conciencias, esto será liberalismo de buena ley y digno del sentimiento del derecho de todos. Pero pretender que la conciencia pueda sentirse lastimada porque no quiten de la pared de la sala donde se le asiste, una sencilla imagen del reformador moral por cuya enseñanza y cuyo ejemplo -convertidos en la más íntima esencia de una civilización- logra él al cabo de los siglos, la medicina y la piedad: ¿quién podría legitimar esto sin estar ofuscado por la más suspicaz de las intolerancias?”⁽⁴⁾

Rodó entiende que el mensaje cristiano considerado en su aspecto moral forma parte de una civilización a la que pertenecemos y de cuyo ámbito de significados y valores nos nutrimos.

El crucifijo resulta entonces el testimonio de un enraizamiento en determinados valores de convivencia, en determinada forma de modelar la existencia humana, que Rodó cree de fundamental importancia preservar y reafirmar.

La tolerancia legítima y necesaria a las conciencias individuales no puede significar la neutralidad de la sociedad en cuanto a valores y reconocimiento de méritos.

Dice Rodó: “Fácil es comprender que si el respeto a la opinión ajena hubiera de entenderse de tal modo, toda sanción glorificadora de la virtud, del heroísmo, del genio, habría de refugiarse en el sigilo y las sombras de las cosas prohibidas.”⁽⁵⁾

(4) O.C. pág. 251.

(5) O.C. pág. 252.

Esto nos revela la concepción rodoniana de la naturaleza del cuerpo social: este no es un juego axiológicamente vacío de acciones y reacciones entre los hombres, sino un sustrato vivo de ideales, de motivaciones, de contenido significativo no coactivo, sino de inspiración, de plurales aperturas de camino.

El tema guía de *Liberalismo y jacobinismo* es el de la esencia de nuestra civilización: “(...) la civilización de cuyo patrimonio y espíritu vivimos: la civilización que, tomando sus moldes últimos y persistentes en los pueblos de la Europa Occidental, tiene por fundamentos inconcusos la obra griega y romana, por una parte; la revolución religiosa en que culminó el cometido histórico del pueblo hebreo, por la otra.”⁽⁶⁾

Rodó señala que la civilización cristiana mantiene “la enseña capitana del mundo”. Queda en evidencia el porqué de su preocupación por el retiro de los crucifijos. Ve en ello un acto de desarraigo, de directo atentado contra los cimientos de nuestro ser histórico.

Para Rodó el homenaje público a un valor no es un acto de intolerancia hacia las conciencias individuales que puedan no compartirlo sino a la inversa. La intolerancia está en los que quieren aniquilar este reconocimiento.

Esta posición deja al descubierto la idea rodoniana de la promoción social de la libertad individual, que no es un alejamiento equidistante de todos los valores, sino que resulta perfectamente compatible (y aun más: es favorecida) con la siembra ejemplar de actitudes, con la educación en determinados principios.

Esta reivindicación moral del cristianismo integra lo que Emilio Oribe ha llamado la “paideia” rodoniana, la idea de lo humano que debe inspirar la educación, los contenidos valorativos que “desde lo hondo de las generaciones muertas iluminan la marcha de las que viven, como otros tantos faros de inextinguible idealidad.”⁽⁷⁾

Rodó no creía en el espontáneo advenir de la libertad: es preciso educarla. Y esta educación para la libertad es entendida como una entrega nutricia de las grandes creaciones culturales, persiguiendo el desarrollo del criterio personal independiente.

La amplitud comprensiva que determine con libertad aspectos positivos y negativos de una doctrina o una figura histórica, es signo indudable de libre pensamiento. No lo son, en cambio, los odios y fanatismos que reprimen la reflexión: “sí sugestionados son la mayor parte de los que llevan cirios en las procesiones, sugestiona-

(6) O.C. pág. 258.

(7) O.C. pág. 253.

dos son la mayor parte de los que se burlan de ellos desde el balcón o la esquina.”

La libertad implica desenvolvimientos concéntricos donde se insertan “la armonía de todos los derechos, la tolerancia con todas las ideas, el respeto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas”⁽⁸⁾. Es libertad enriquecida y potenciada que solo excluye las actitudes de intolerancia.

La visión de lo social en Rodó está fecundada por la captación de la naturaleza humana y su desarrollo. En cuanto a la relación entre la conciencia individual y la conciencia histórico-social, Rodó establece la legítima preeminencia de esta en cuanto organismo espiritual que crea el ambiente de valores en los cuales la libertad individual se alimenta y toma sentido. Cabe citar a este propósito la idea hegeliana de que el hombre necesita vivir en una comunidad que nutra el sentido de su vida.

Otro de los aspectos fundamentales de *Liberalismo y jacobinismo* es el penetrante examen de los modos de pensamiento y reacción del alma jacobina.

Un índice de jacobinismo es el abstraccionismo desprendido de lo humano: “Por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente a los más absurdos extremos y a las más irritantes injusticias, cuando se la transporta a la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.”⁽⁹⁾

El jacobino carece de sentido humano de la realidad, intenta subordinar el campo infinitamente complejo de los sentimientos individuales y sociales a los procedimientos de la lógica. Este intelectualismo vaciado de valores se une y redobla con el odio al pasado: “La funesta pasión de impiedad histórica que conduce a no mirar en las tradiciones y creencias en que fructificó el espíritu de otras edades, más que el límite, el error, la negación, y no lo afirmativo, lo perdurable, lo fecundo”.⁽¹⁰⁾

La raíz de estas actitudes está en el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad, que lo vuelve intolerante porque es incapaz de situarse en otra alma distinta u opuesta a la suya, una señalada estrechez de espíritu que le impide comprender otra cosa que lo suyo. El jacobino es la exageración fanática del Agenor de la parábola “Los seis peregrinos”.

(8) O. C. pág. 288.

(9) O.C. pág. 251.

(10) O.C. pág. 253.

Esta intolerancia teórica, cuando pasa a la acción, se revela en forma de “atropello inicuo”, “excesos brutales”. Su necesario correlato en el plano moral es el maniqueísmo, la bipartición estricta de la realidad entre la propia posición que es el bien, y el resto que es el mal. Es la carencia total de la más mínima sospecha relativista sobre los alcances de la propia capacidad de verdad.

En el apéndice de la primera edición de este libro, Rodó incluye una carta a Scafarelli acerca del “sentimiento religioso y la crítica”. En ella establece sus distancias con respecto a toda dogmática que impida el libre vuelo del pensamiento, pero al mismo tiempo valora la profundidad espiritual de la fe. Rodó legitima una forma de religiosidad sin dogmas, de vivo sentimiento de la trascendencia; pero es duro crítico de toda religión que aherroje el alma en credos y cultos inmutables, que se introduzca en las luchas del mundo en defensa de intereses materiales y pretenda imponer su dominio reprimiendo las conciencias.

Es preciso distinguir el cristianismo como religión y la significación moral y cultural del cristianismo; la reivindicación que hace Rodó es en este segundo aspecto. En cuanto al primero se reserva su propia respuesta al “formidable enigma”.